

El mal y sus efectos  
P. Fernando Pascual  
22-8-2010

Hay acciones injustas que, por su misma naturaleza, producen efectos negativos. Quien roba, daña a alguien en sus bienes. Quien mata, elimina la vida de un ser humano y produce heridas profundas en los familiares y amigos de la víctima. Quien comete fraude, altera las relaciones en una empresa y priva de bienes importantes a las personas implicadas.

Sucede también que algunas acciones injustas provocan, junto a sus efectos negativos, otros efectos “buenos”. Imaginemos que un hombre mata a su competidor sentimental, pero gracias a la muerte de la víctima se ha evitado un terrible acto de terrorismo. O supongamos que otro hombre roba a un vecino de casa, y como resultado imprevisto de ese robo el vecino no podrá comprar droga para venderla a los adolescentes de una escuela del barrio.

Tener en cuenta situaciones como las apenas recordadas puede ayudarnos a sopesar el valor de una idea que se escucha de vez en cuando: creer que algo está mal si produce efectos negativos, y que no estaría tan mal si no produce tales efectos negativos, o si produce algunos efectos positivos.

La bondad o maldad de una acción humana no radica, sin embargo, sólo en sus consecuencias, pues de lo contrario sólo sabríamos lo que es bueno y lo que es malo después de que las personas han puesto en marcha sus opciones y empezamos a ver luego los resultados a corto y a largo plazo.

Hay que reconocer además, si vamos más a fondo, un tipo de consecuencias de los actos malos que no son siempre visibles. Unas se producen en quien ha escogido vivir de modo egoísta, criminal, codicioso, soberbio, insolidario, sensual. Porque sus comportamientos destrazan su corazón y lo llevan, poco a poco, a esa dureza o a esa desesperación que produce, tarde o temprano, actuar según la injusticia y el pecado.

Otras se producen en quienes viven a su lado. Porque los familiares, amigos, conocidos, e incluso algunos “extraños”, quedan afectados por las heridas que lleva en su corazón quien ha optado actuar según sus caprichos y no según la belleza y la bondad a la que estaba llamado en una situación concreta.

El mal, por lo tanto, deja siempre huellas profundas en el mundo y en la historia humana, muy superiores a las que se ven y se perciben en una primera reflexión sobre este tema.

Nada de lo que hacemos es indiferente, ni para quienes vivimos y actuamos en este tiempo frenético y abierto a mil opciones, ni para el corazón de Dios. Y si el mal siempre hiere al ser humano, todo lo que hagamos por erradicarlo será poco, porque está en juego algo mucho más importante que las consecuencias más o menos visibles en nuestra historia humana: la orientación profunda de los corazones, llamados a superar egoísmos y a abrirse, cada día, a la belleza, la verdad, la justicia y el amor sincero.